

FRIDA, LA MAS BELLA

■ Emilio García Riera ■ Me han dicho que Paul Leduc está enojado conmigo por algo que escribí sobre su película *Frida* en la revista *Dicine*. Escribí, más o menos, que el retrato de las relaciones más voluntariosas que reales entre la pintora Frida Kahlo y el pueblo le había salido a Leduc —queriéndolo o no— expresivo de las limitaciones de la izquierda mexicana desde hace 60 y pico años.

Creo haber tenido razón, pero no creo en la suprema importancia de tener razón. Espero por eso que no le dure demasiado el enojo a Paul. Lo que importa es repetir algo también escrito por mí en *Dicine*: *Frida* es quizá, por su riqueza visual, la más bella película hecha en toda la historia del cine mexicano.

Por su modo de exposición, en exceso "moderno" para mí, la cinta puede confundir a quienes no sepan de la vida y la personalidad de Kahlo, que es interpretada por Ofelia Medina. (Juan José Gurrola hace de Diego Rivera, pero en realidad hace de Gurrola.) Sin embargo, aun sufriendo la desventaja de no entender gran cosa, es imposible no quedar impresionado por la insólita belleza de las imágenes captadas y ligadas por Leduc con el buen auxilio del fotógrafo Angel Goded, el escenógrafo Alejandro Luna y el editor Rafael Castanedo, tres colaboradores de privilegio. No se crea por eso que la película es un desfile de estampas bonitas: se deduce de ella una alta y también insólita capacidad conmovedora.

Frida es un caso atípico de producción privada, como lo ha sido desde hace ya más de 30 años el cine promovido o apoyado por Manuel Barbachano Ponce. También son de Barbachano la producción de *De veras me atrapaste*, de Gerardo Pardo, y la de la obra más reciente de Jaime Humberto Hermosillo. Por lo que a la producción del Estado se refiere, aguardan estreno formal *Vidas errantes* cinta de Juan Antonio de la Riva (no Riba) ya pasada en la Cineteca y premiada en el festival de San Sebastián, una película recién filmada por Arturo Ripstein y otra más compuesta por cinco cuentos a cargo de otros tantos directores jóvenes. También habrá que ver películas independientes tan prometedoras como *Redondo*, de Raúl Busteros.

No tengo la suerte de compartir los entusiasmos legítimos suscitados por las películas de los jóvenes Pardo y De la Riva, cineastas de quienes, creo, cabe esperar mucho más si logran dar continuidad a sus carreras. Sin embargo, sus obras deben ser incluidas en el cuadro de un cine interesante, meritorio y no escaso, dada la actual situación económica que tanto afecta a la producción fílmica nacional.

Eso no impide que la situación del cine mexicano siga dando una impresión de apatía y desorientación. El problema, creo, no está tanto en la calidad de lo producido: al fin y al cabo, no podemos tener un cine mejor que el que sean capaces de hacer nuestros cineastas. El buen cine no es asunto de medidas administrativas ni de pautas temáticas prestigiosas; es asunto de libertad de expresión y de posibilidades de trabajo para quienes pueden hacer buen uso de esa libertad. Y últimamente, no se ha sabido de ningún cineasta serio impedido de filmar por otras causas que no sean las meramente económicas, esas sí, todavía, demasiado fuertes.

Lo de la apatía y la desorientación más tiene que ver con las pésimas perspectivas de distribución y exhibición para el mejor cine mexicano. Aun la más grande película mexicana jamás hecha no podría correr mejor suerte que la deparada por unas exhibiciones minoritarias en la Cineteca y la inclusión en una cartelera comercial degradada. Tiemblo al pensar en la proyección de *Frida*, por ejemplo, ante un público rumiante, deglutidor sin tregua de palomitas y con el gusto cinematográfico estragado por tanta basura consumida.

Ese es un problema difícil porque atañe, insisto, a los profundos cambios que afectan y afectarán a la administración del espectáculo cinematográfico. No veo, por ejemplo, que se piense seriamente en abrir las puertas de la televisión mexicana al mejor cine mexicano reciente, lo que sería un principio de solución. Claro: no se me escapa que el acceso de ese cine a la TV podría significar a la vez la pérdida de concesiones arrancadas a la censura.

El tema no puede ser agotado en un artículo; tiempo habrá de insistir en él.

La Jornada

DIRECTOR GENERAL: CARLOS PAYAN VELER
MEXICO, DF. AÑO UNO ■ NUMERO 14



HOY MARTES 2 DE
OCTUBRE DE 1984